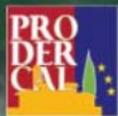




CUATRO
VALLES

Los Molinos

Itinerario guiado por Sosas de Laciana



Laciana

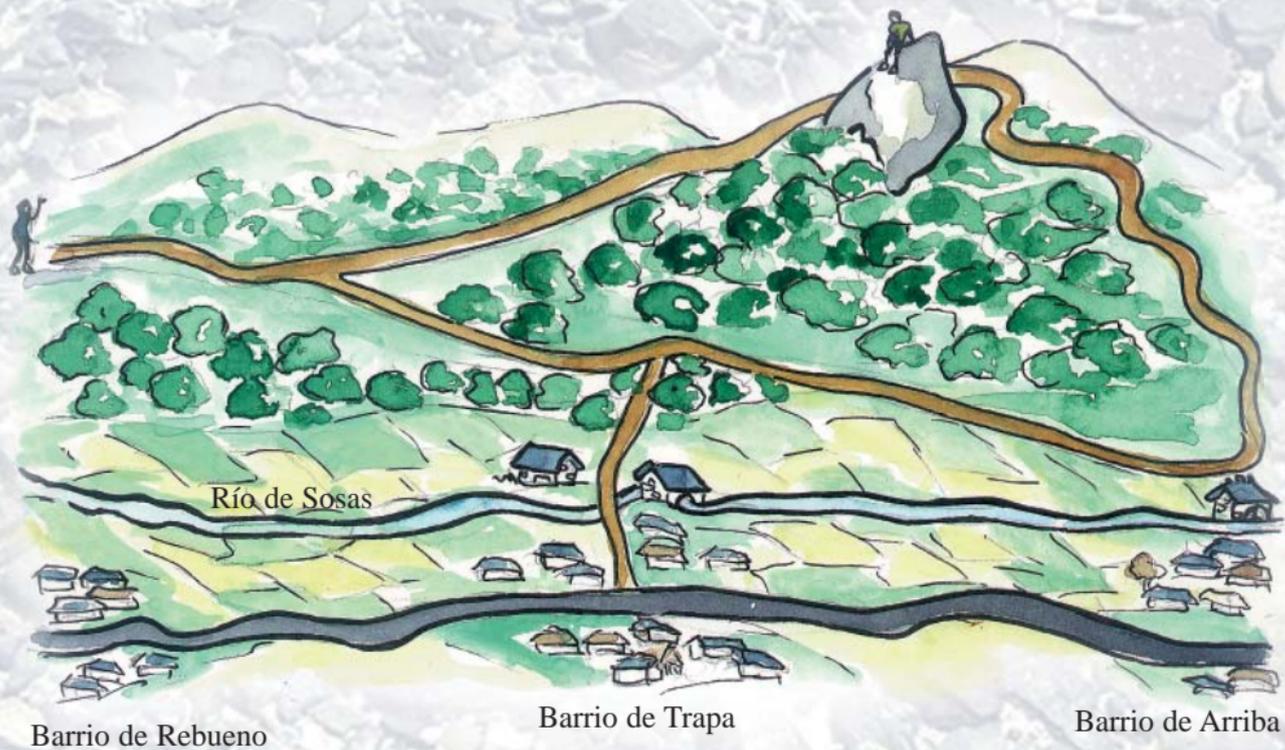
Poblada desde la Edad de Bronce, las primeras referencias a los paesicos, un grupo astur que ocupaba los cursos altos de los ríos Sil, Luna y Narcea, son de época romana.

Pero si algo ha caracterizado al Concejo de Laciana, ha sido la constancia en reivindicar sus derechos frente a la dominación señorial. En 1270, Alfonso X otorga a Laziana la “Carta Puebla”. Años más tarde, los lacianiegos no dudan en pleitear contra el Conde de Luna, al ver mermados sus derechos. Así en concejo abierto al pie de la capilla de San Lorenzo, en Villager, deciden presentarse ante el rey, quien finalmente, el 4 de Julio de 1549 pone fin al pleito mediante una Real Ejecutoria. Ese privilegio se mantuvo hasta Fernando VII.

El pueblo

Los tres barrios de Sosas, cada uno con su capilla y una notable arquitectura rural, rememoran tiempos en que el pueblo contaba “con 62 vecinos y más de 260 almas”. El barrio de abajo se llama “Rebueno” y celebra la fiesta del Corpus; el del medio o de “Trapa” festeja a San Andrés y el de arriba a San Juan. Tres barrios diferenciados pero con un solo Concejo y únicas ordenanzas.





Croquis de la ruta



Casa tradicional laciaiega con hórreo.

Vivienda tradicional

Las casas tenían forma de “U” o de “L”, con la cubierta de teito, de paja de centeno. En ese espacio, se disponían todos los elementos necesarios para la familia y los ganados, la vivienda, los pajares, las cuadras, las portalladas... quedando en el centro un espacio libre que servía de corral, donde se disponía el hórreo.

Hoy casi han desaparecido las casas con cubierta vegetal. Lo más común ahora, es encontrar cubiertas de losas, de tsávanas o tsousas, como dicen en la zona, palabra que parece haber dado nombre al pueblo, ya que sus canteras tuvieron fama en toda la comarca. Merece la pena entretenerse en la disposición escalonada de los remates de los tejados, en las esquinas aún redondeadas de algunas casas, en las horneras adosadas a los muros donde se cocía el pan...

Ya casi no quedan teitadores que puedan devolver a las casas su aspecto tradicional y los tsousadores son también como tantos otros, un oficio condenado a desaparecer.



La vida en el pueblo

Sosas alberga aún en buen estado, muchos de los elementos que eran necesarios en el pueblo para la vida cotidiana: el potro donde se herraban los animales, las fuentes y abrevaderos, los lavaderos... elementos que poco a poco, han perdido su utilidad, pero que antaño servían de punto de encuentro de los vecinos.

De esa vida cotidiana que se va perdiendo en la memoria de los viejos, quedan aún manifestaciones en los trabajos comunes. Todavía son los vecinos quienes en facendera, arreglan el camino de la braña. Ya no se practican las veceras o turnos para guardar el ganado.

Pero lo que más echan en falta los viejos, son las fiestas de antes, en las que todos participaban y, sobre todo, los momentos comunes, el calecho, antes de cenar, mientras se hilaba o preparaba alguna herramienta y el filandón, verdadero momento de ocio, donde los mozos “cortejaban” a las mozas...



El patsuezu

Allá en tiempos de la romanización, el latín llegó forzado por el imperio y su uso vulgar fue derivando hacia variantes dialectales locales. Así aparece el dialecto leonés, que se habla en buena parte del sector noroccidental de Iberia. Condicionantes políticos y sociales hicieron que el castellano se extendiese por todo el territorio; sólo algunos enclaves de difícil acceso en la cordillera, conservaron formas del leonés clásico, aunque mezcladas con las primitivas lenguas prerromanas.

En Tsaciana se conservó una forma especial: el patsuezu. Uno de sus rasgos diferenciadores es la pronunciación de la “V” con sonido similar a la “ch” francesa, que algunos estudiosos han denominado “ché vaqueira”.

En los nombres populares de los objetos o en los topónimos, encontramos gran cantidad de vocablos patsuezus.

En la ladera del valle que mira al oeste se encuentra Fuechus Secos, donde se cultivaba el pan y en la contraria Fuechus Verdes. La Peña los Bueys y el Cogutsón vigilan el pueblo desde las alturas. La fuente de la Pandietsa da aguas al lavadero del barrio de Trapa.

En la braña la flor más conocida es la gritsándana, narciso amarillo que cubre los prados en primavera.



Las brañas

La economía de Sosas y de buena parte de Laciana, está vinculada a la ganadería. De veranía (pasto de verano) o de la forma latinizada del topónimo celta brakna (prado húmedo), podría haberse originado el topónimo braña, tan vinculado a la identidad lacianiega.

La braña es un paraje concreto de pastos, donde se disponen también las cabanas de los pastores. Cada pueblo tiene su braña.

En el siglo XVI, un magistrado de camino hacia Asturias, describe una braña como “...populosa ciudad de hasta 10 casas redondas...en las que no hay sala, ni cuadra, ni retrete; toda la casa es un solo aposento redondo como ojo de compromiso, en el que están los hombres, los puercos y los bueyes, todos pro indiviso...”



Las lecherías

La vaca autóctona era la mantequera leonesa, una vaca muy rústica, perfectamente adaptada a las condiciones de la montaña, con una leche muy rica en grasa. Hoy, por desgracia, esta raza casi ha desaparecido.

Cada mañana, las brañeras bajaban la leche fresca de la braña y en las lecherías, era transformada en manteca. Desde antiguo existió en el Barrio de Arriba una lechería donde la leche se trabajaba de forma manual. Fue a finales del siglo pasado y durante buena parte de éste, cuando gracias a la puesta en marcha en Laciana de un sistema cooperativo, se pudo transformar y comercializar la importante producción de leche de la comarca.

Sosas cuenta aún con una de estas rudimentarias industrias que estuvo en explotación hasta los años 60.



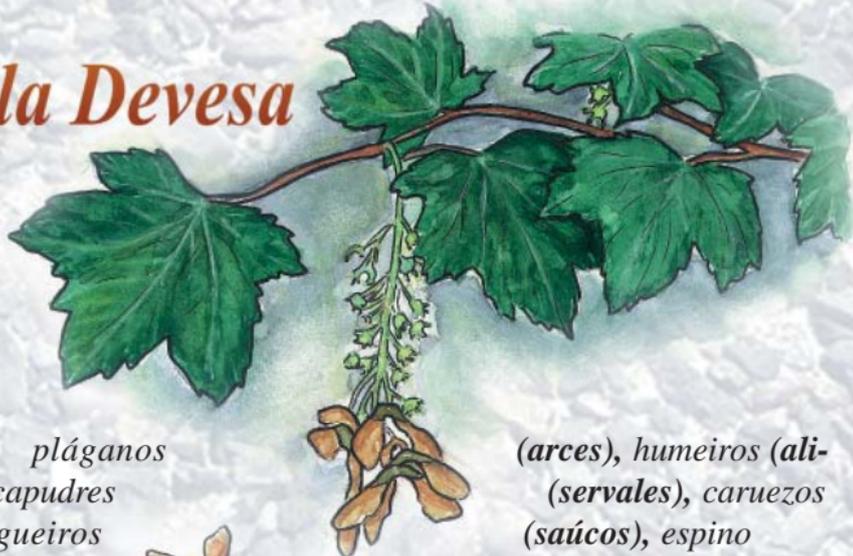
El bosque de la Devesa

Toda la Devesa está ocupada por una frondosa cubierta boscosa, que puede caracterizarse como un bosque mixto en el que destaca la presencia del roble común y del roble albar.

Abundan fresnos, pláganos (arces), el mostachal (mostajos), capudres (servales), manzanos silvestres (manzano silvestre), sabugueiros (caruezos), maguchal (espino albar) o algún tejo (saúcos), espino milenario.

Era tradición en el pueblo, cuando una pareja se casaba y hacía casa, darles las vigas de los robles de la Devesa. La madera se sacaba por los treitoiros, callejones muy pendientes por los que se arrastraban los troncos.

En las zonas de menor altitud, más próximas al pueblo, el bosque ha sido transformado y ocupado por tierras para el cultivo y prados de siega. Entre las piedras de los



muros se refugia la mustunietsa (comadreja). El escolancio (lución) se escabulle entre la hierba, perseguido por los segadores que lo confunden con una culebra.

La fauna es rica. No resulta difícil ver a los corzos pastando al atardecer en los claros del bosque. Abundan las ardillas y otros pequeños mamíferos como lirones y ratones. Durante todo el recorrido puede escucharse el canto del cuco y de las palomas, o descubrir a un pájaro carpintero picoteando insistentemente un tronco para hacer su nido.



El tesoro de Zamora

Encaramados en laderas soleadas y bien protegidos, los castros eran poblados fortificados ocupados por los pobladores prerromanos de estas montañas, los paesicos. Uno de estos castros se ubica en el “Tesoro de Zamora”. Sólo prospectado, en él se han encontrado algunas monedas y trozos de cerámica que corresponden a la época de la romanización.

Poco se sabe de la vida en él, pero la memoria popular ha recogido la tradición de que el castro contaba con un túnel que llegaba hasta el río, por lo que podían soportar un asedio prolongado. Por Plinio sabemos de este pueblo que “...teniendo escasez de

las mandon y amasan harina en forma de pan. Tostado entre cenizas es más dulce...”. Los paesicos eran ganaderos, que se desplazaban con sus ganados siguiendo el ritmo de las estaciones.



cereales, secan las bellotas,



Todavía recuerdan los más viejos que “antes”, algunos vecinos buscaban algo de carbón en Fuechus Verdes, carbón que se quemaba en casa. Luego se intensificó la extracción y parte del mineral se bajaba en carros a Ponferrada.

En Sosas se instalaron las primeras explotaciones mineras a finales del siglo pasado. En toda la Devesa son numerosas las evidencias del trabajo minero, hoy perfectamente mimetizadas entre la vegetación. Quedan las bocaminas, las ruinas de “la casa de los vascos”, de la oficina...pero las evidencias más claras son las vías por las que se hacían correr las vagonetas cargadas de carbón.

Hay varias vías a distintas alturas en toda la ladera. Para comunicar unas con

La mina

otras se construyeron “los planos”, muros de piedra por los que se deslizaban las vagonetas gracias a un sistema de contrapesos.

Las minas estuvieron en explotación hasta después de la guerra, “hasta que dieron un travesal para sacar carbón más bajo”.



Molino: maquinaria y sistema de funcionamiento

I. Muxega.

Depósito de madera, a veces hecho de una sola pieza, donde se almacena el grano para que vaya cayendo poco a poco a la muela.

II. Canalexia.

Canal de madera por el que se desliza el grano desde la muxega hasta el ojo de la muela.

III. Tarabica.

Palo móvil entre la canalexia y la muela; al rotar la muela, la tarabica vibra y con ella la canalexia, haciendo que el grano caiga lentamente.

IV. Muela.

Piedra redonda que al girar tritura el grano.

V. Brindal.

Cajón de madera que recoge el harina molida.

VI. Fosu o Foso.

Eje de madera fijado al rodezno, que hace girar la muela.

VII. Rodezno.

Pieza con aspas que gira con la fuerza del agua e impulsa el molino

VIII. Puente.

Viga horizontal que soporta el peso del rodezno, el foso y la muela, cuya altura se regula con la fijadera.

IX. Fijadera.

Palanca que, mediante una cuña, permite levantar el puente y ajustar la muela para que el harina salga más o menos fina.



El molino



Quicio y sapa de piedra

Resulta interesante ver los más de diez molinos con que cuenta Sosas; más cuando la mayor parte de ellos son de uso familiar. Tan sólo uno, conocido como el de las comañas, era para uso de varios vecinos. Otro de los molinos, el Molinón, cuentan que tenía una piedra francesa y molía especialmente bien, llevándose a él a moler el trigo ya que dejaba el harina muy blanca.

El centeno era el cereal más común. Se plantaba en las laderas de solana y tras la siega, se “majaba” para separar el grano de la paja. Con él se hacía el pan de consumo habitual. Sólo en ocasiones especiales se comía pan de trigo, que también se empleaba para hacer empanadas. También se molía grano de otros pueblos, por lo que se cobraba la maquila, el molinero se quedaba con una parte proporcional del grano que había molido como pago por su trabajo.

En los molinos más antiguos el rodezno era de madera, girando sobre un punto de apoyo compuesto por dos piedras: el quicio como eje de giro y la sapa sobre la que éste se apoya .



*“Así era esta tierra del Alto Sil,
así hacía a sus hombres, locos o santos,
para gastarlos en la vida”*

Matías Díez Alonso

